

Presentación:

Antonio Pérez Quintana y su periplo docente de la Complutense a La Laguna

MUNDOS POSIBLES no es un título escogido al azar. La categoría modal de posibilidad ha sido desde siempre un tema transitado con pasión por Antonio Pérez Quintana. No solo en la teoría, sino asimismo en su vertiente práctica, algo que hace de él el entrañable profesor que supo transmitir en sus clases un contagioso entusiasmo por los textos y el pensamiento de los grandes clásicos de la filosofía a generaciones y generaciones de estudiantes. Cantera de profesores, los que tanto aprendieron de él quieren brindarle en estas páginas su reconocimiento, como homenaje a su gran carrera de fondo, con el deseo de que en los próximos años puedan ver la luz algunos de los libros que guarda encerrados en el centenar de carpetas que adornan su despacho —cada una un mundo que podría reconstruir una teoría de la cultura que constituye el sustrato de las reflexiones de un Antonio que no hurtó su dedicación a otras manifestaciones de la razón práctica como la música, la poesía o el arte.

En la teoría, la posibilidad vertebraba, sin duda, desde muy temprano los intereses filosóficos de Antonio Pérez y lo acompaña en la peregrinación emprendida desde Hegel hasta Leibniz y Spinoza, pasando por Kant y Schelling, con el esfuerzo añadido que supone —ahí hace un guiño a Isaiah Berlin— recorrer la historia de la filosofía a contracorriente, peinarla a contrapelo, mostrar que hubo nudos que se cerraron en falso, hurtando a la libertad esa raíz metafísica que clausura las salidas a la política. Ni todo lo real es racional, ni lo posible se reduce a lo necesario. La posibilidad no hurga entre las ruinas del pasado, como el ángel de la historia de

Walter Benjamin, sino que mira de cara hacia el futuro, con esperanza. Y en él se apoya el joven ayudante universitario para estudiar la incidencia de la ontología de la posibilidad en las concepciones de la moral; un camino que le lleva de Husserl y Heidegger hasta Jonas y Lévinas. Sin olvidar que la admiración por el mundo alemán lo llevaron también a profundizar en el pensamiento de Ortega, siguiendo también sus pasos durante sus estancias de investigación en Marburgo y Berlín, en Friburgo y Heidelberg. Viajes en los que se citaba con nosotros, o con otros alumnos, para mejor recorrer justos los *Philosophenwege*... Los caminos se ramifican *ad infinitum* en la pluralidad de perspectivas y de tesis que se abren en esa búsqueda incansable de la filosofía —en la platónica tensión de Poros y Penia, entre el deseo de saber y la paulatina satisfacción, germen de nuevas ansias—. Ahí se mide la cintura del maestro, a la sazón investigador y estudioso, en conseguir transmitir una pluralidad de intereses, equilibrándola con el sosiego de la reflexión. Convirtiendo el drama de escoger en el deber de profundizar.

Ahora bien, la posibilidad llevada a la práctica emerge en toda su plenitud en la labor docente de Antonio Pérez, en la dedicación y generosidad con que explicó filosofía a sus alumnos, promoción tras promoción, alimentando y desarrollando los intereses de cada uno. Muchos de sus alumnos debemos a su magisterio, así como a su gran empeño personal por incentivarnos en el estudio y en todos los órdenes de la vida, un abanico de posibilidades que no se hubiera dado sin su intervención. Hace muy poco, charlando en Berlín, se lamentaba de haber descuidado su propia promoción y no se perdona haberlo hecho así, añadiendo que no le aconsejaría imitarlo a ningún alumno suyo. Pero lo dice con la boca pequeña, a sabiendas de que mil vidas que viviera seguiría optando por su entrega a esa vocación docente tan poco reconocida en los sistemas de evaluación. De lo contrario —aquí aflora su veta leibniziana— ya no sería él mismo: aquel profesor que ha deslumbrado a generaciones de alumnos, primero en la Universidad Complutense de Madrid y luego en la tinerfeña de La Laguna, con su entusiasmo para desentrañar lo escrito por los clásicos y su extraordinaria dedicación a cualquiera de sus discentes.

Todos le reconocen esa rara cualidad a su magisterio desempeñado durante cuatro décadas en esos dos recintos universitarios. Muchos de sus alumnos hicieron carrera y desarrollan su labor en otras universidades o centros de investigación. Otros llegaron a hacer la tesis doctoral, aunque no tuvieran perspectiva de rentabilizarla profesionalmente y ahora se dedican a un quehacer donde no necesitaban ese título, simplemente animados por la constante y amable invitación de Antonio, quien hace sentir importante a cualquiera de sus alumnos, con los que acaba teniendo una relación de amistad, porque también se suele convertir en un mentor

vital y no solo académico. Incluso aquellos que no terminan ese trabajo doctoral, le agradecen el haberles animado a intentarlo.

Las semblanzas recogidas en la primera parte del volumen rezuman afecto y gratitud hacia un maestro que no tenía rival entre sus pares por su legendaria vocación docente. Hay testimonios de varias épocas debidos a quienes le conocieron en Madrid, en Tenerife o en ambos lugares. Algunos no hemos perdido el contacto con él jamás (enrolándolo incluso en nuestros proyectos de investigación) y seguimos venerando su buen juicio y su envidiable pluralismo. Otros llegaron a doctorarse antes de que él mismo lo hiciera y en el tribunal de su propia tesis hubo quien reconoció que lo suyo debía haber sido la situación contraria, es decir, tener a Antonio como miembro del tribunal y no viceversa.

La segunda parte del volumen recoge distintas contribuciones donde aparecen muchos de los autores más caros a Antonio, a saber, Platón, Leibniz, Kant, Hegel, Ortega, Lévinas o Bloch. Los colaboradores cubren un amplio espectro geográfico (Madrid, Tenerife, Barcelona, San Sebastián, Berlín, Alcalá de Henares, Cáceres, Granada o Valencia) y responden a muy distintas familias filosóficas. El proverbial irenismo de Antonio Pérez salva cualquier frontera y lo único que no soporta es la intolerancia. Quintín Racionero se proponía participar en este homenaje, pero su salud no le permitió hacerlo, a pesar de su acendrado vitalismo. Tampoco han podido llegar a tiempo de entregar su artículo Javier Muguerza o la propia coeditora de este libro... Y, por supuesto, en él podrían haber participado muchos otros, que vendrán a echarse de menos con toda la razón. Ojalá sea solo el primero de una muy merecida serie. Siempre hay otros mundos posibles, máxime con Antonio.

Gracias, Antonio, por tu ejemplo vital y tu entrañable magisterio, por haber sabido eludir las tentaciones y los cargos académicos para dedicarte tan solo a tu alumnado, por saber contagiar tu vocación y entusiasmo hacia el estudio *sine ira*. Para muchos nunca dejarás de ser el profesor universitario por antonomasia.

Roberto R. ARAMAYO y Concha ROLDÁN
Instituto de Filosofía del CSIC
14 de septiembre de 2013